

DESTINO ACIAGO

Así era ella: una mujer soltera de treinta y pico años que convenció a su madre, más bien le suplicó que se fuera una noche donde quisiera; la madre, por extraño que parezca, se resignó y desapareció en algún lugar, y ella, como suele decirse, llevó a un hombre a casa. Ya era viejo, calvo, gordo, tenía una relación confusa con su esposa y su madre, unas veces vivía con una y otras con la otra, aquí y allá, refunfuñaba y no estaba satisfecho con su situación laboral, aunque de vez en cuando afirmaba con aplomo que llegaría a ser jefe de laboratorio, qué te parece. ¿Tú qué crees, llegaré a ser jefe de laboratorio? Así lo soltaba él, un niño ingenuo de cuarenta y dos años, un tipo acabado, apartado de la familia, de la hija en edad de crecimiento que se estaba convirtiendo como quien no quiere la cosa en una mujer de catorce años, satisfecha de sí misma, en el mismo momento en que unas chicas se reunían en el patio dispuestas a pegarla por un chico, etc. El hombre acudió a la aventura con mucho ímpetu, por el camino pararon a comprar un pastel; en el trabajo era conocido por su afición a los pasteles, el vino, la comida, los buenos cigarrillos, en todos los banquetes zampaba y zampaba, la culpa de todo la tenía la diabetes y esa eterna ansia de comida y líquido, y todo ello era un obstáculo en su carrera. Tenía un aspecto desagradable y punto. Iba con la cazadora desabrochada, el cuello abierto, tenía el pecho pálido y sin pelo. La caspa sobre los hombros,

la calvicie. Las gafas de cristales gruesos. Esa es la joya que se llevó esta mujer a su piso de un solo espacio, decidida a acabar de una vez por todas con la soledad y todo eso, pero no con energía, sino con una oscura desesperación en el alma que por fuera se manifestaba igual que el gran amor humano, es decir, con exigencias, reproches y súplicas para que él le dijera que la amaba, a las que él contestaba: «Sí, sí, estoy de acuerdo.» En general, no había nada bueno en la manera en que caminaron y llegaron al piso, en cómo ella temblaba al dar vueltas a la llave en la cerradura —temblaba por su madre—, pero todo pasó. Pusieron la tetera a hervir, descorcharon el vino, cortaron el pastel, se comieron una parte y bebieron vino. Él se desplomó en el sillón y se quedó mirando el pastel, pensando si debía terminárselo, pero el estómago no se lo permitió. No paraba de mirarlo, y al final cogió con los dedos una rosa verde del medio, se la llevó a la boca tan feliz, se la comió, y se relamió los restos con la lengua, como un perro.

Luego miró el reloj, se lo quitó, lo dejó en la silla y se desnudó entero salvo por la ropa interior. De pronto aquellas prendas parecían muy blancas, era como un niño gordo, limpio y bien cuidado, se sentó en camiseta y calzoncillos en el borde de la otomana, se quitó los calcetines y se secó la planta de los pies con ellos. Finalmente se quitó las gafas. Se tumbó al lado de ella en la cama limpia y blanca, hizo lo que tenía que hacer, luego hablaron, él empezó a despedirse y le preguntó

de nuevo su opinión sobre si sería jefe de laboratorio. En el umbral, ya vestido, se puso a parlotear, se dio la vuelta, se sentó de cara al pastel y de nuevo se comió un trozo grande directamente del cuchillo.

Ella ni siquiera lo acompañó, y por lo visto él ni se dio cuenta, le dio un beso ruidoso en la frente, de una manera afable y bondadosa, agarró su cartera, contó el dinero en la puerta, soltó un suspiro, le pidió que le cambiara un billete de tres rublos, no obtuvo respuesta y se fue con su gruesa barriga, su intelecto infantil y el olor a limpio, alejándose del cuerpo ajeno sin ni siquiera sospechar que le estaban dando calabazas por los siglos de los siglos, que había perdido, le había salido el tiro por la culata, que allí nadie le volvería a dar calor. No

lo entendió, se metió en el ascensor junto con su calderilla, los billetes de tres rublos y el pañuelo para la nariz.

Por suerte no trabajaban juntos, estaban en edificios diferentes, y al día siguiente ella se quedó plantada en su mesa durante toda la pausa del almuerzo en vez de ir a la cantina. Por la tarde le esperaba el encuentro con su madre, de nuevo empezaba la vida real. De pronto, para su propia sorpresa, le dijo a su compañera de trabajo:

—¿Qué, ya has encontrado un hombre?

—No —contestó con naturalidad la compañera, ya que hacía poco que la había abandonado su marido y estaba pasando la deshonra en soledad: no dejaba pasar a ninguna de sus amigas a su piso ahora vacío, y no informaba a nadie de nada—. No, ¿y tú? —preguntó la compañera.

—Yo sí —respondió ella, con lágrimas de felicidad en los ojos, y de repente entendió que había caído en la trampa irremediablemente, para toda la eternidad, que ahora la haría temblar, la destrozaría, se pasaría el día junto a una cabina, sin saber adónde llamar, a la esposa, a la madre o al trabajo: su pretendiente tenía una jornada laboral flexible, así que podía ausentarse con libertad de cualquier sitio. Eso era lo que le esperaba, además de la deshonra de ser esa persona que le llama inútilmente por teléfono, la misma voz, sumada a esas voces que ya llamaron antes inútilmente a esa persona huidiza, probablemente objeto de amor de muchas mujeres, que huye asustado de todas y, probablemente, les pregunta a todas lo mismo en las mismas situaciones: si llegará a ser jefe de laboratorio.

Todo estaba claro para él, el pretendiente era transparente, tonto, nada delgado, y a ella le esperaba un destino aciago, pero tenía lágrimas de felicidad en los ojos.